



## **LA ISLA PIRATA ES UN LUGAR SIN LEY.**

O, al menos, así comenzaban siempre los cuentos de papá. Cuando era pequeña, él me sentaba sobre su rodilla en la bañera de nuestra bañandera y me susurraba viejas historias de piratas. Describía Brizos como una isla mágica gobernada por una reina formidable que llevaba un collar hecho con los huesos de los dedos de un hombre y montaba una ballena que hablaba.

Mientras caminaba entre edificios de madera destartalados, esquivé un charco de agua... y otras cosas que es preferible no mencionar. El viento bramaba y empujaba cortinas de lluvia hacia mí. Mi bota

izquierda, cubierta de lodo, resbaló en la calle. Si esta isla era mágica, me tragaría mi sombrero.

Que también estaba cubierto de lodo.

Un hombre envuelto en una capa me observaba desde la penumbra de un callejón cercano. Un relámpago se reflejó en sus penetrantes ojos. Me abrí el saco para dejar a la vista mi fusil de chispa y apoyé una mano sobre él. La amenaza de un balazo en la cabeza fue suficiente para mi potencial agresor. Retrocedió hacia las sombras y me dejó seguir mi camino.

Brizos era un lugar peligroso por la noche; esa parte de las historias de papá era fácil de creer. Claro que nunca había tenido motivos para venir cuando era niña. La isla estaba demasiado alejada en el mar como para hacer frente a la travesía con una balandra de las tierras fluviales. Y, de todos modos, papá jamás me hubiese traído; decía que este lugar estaba lleno de bribones.

Bueno, ahora se ofrecía una recompensa por mi cabeza. Yo misma era una bribona.

Seguí adelante, manteniéndome en la oscuridad de los aleros, donde el agua corría por canaletas rotas hasta caer en barriles viscosos. Al pie de la colina, la isla se curvaba para crear un puerto natural en forma de medialuna. El embarcadero estaba vacío, y los barcos, desiertos, con las velas plegadas y los toldos cerrados para protegerlos de las inclemencias del tiempo. La intensa lluvia aplanaba el mar.

Me bajé más el sombrero para esconder mi rostro. ¿Qué diría mi padre si pudiese verme ahora? Todo lo que llevaba puesto era prestado o robado. Ya no tenía mis preciadas pistolas con mango de oro, una me la habían quitado y la otra yacía en el fondo del mar. Y mientras en ese mismo momento papá y Fee probablemente estaban conversando a ambos lados del mantel rojo a cuadros en la cabina del *Cormorán*, con un acogedor farol balanceándose sobre sus cabezas, yo estaba recorriendo

la parte más sucia de Brizos en busca de un hombre que no quería ser encontrado.

Me detuve en medio del lodo. Ahí estaba: el letrero que había estado buscando.

Se balanceaba en el viento sobre la entrada de una casucha destartalada. A través de la lluvia, apenas lograba distinguir las letras rayadas que deletreaban El mirasol negro. Eché un vistazo hacia atrás por encima de mi hombro para cerciorarme de que nadie me había seguido, empujé la puerta y entré. Un hilo de lluvia humedeció el suelo de madera.

La voz quejumbrosa de un anciano se oyó desde las sombras:

—¡Cierren esa maldita puerta, por todos los dioses!

Había velas que parpadeaban metidas en botellas turbias sobre las mesas. Encima de la barra, una lámpara alquímica crepitaba y se balanceaba empujada por el viento que se colaba silbando por las grietas de las paredes. Dos parroquianos con ropas oscuras estaban sentados en rincones sombríos. Por lo demás, la taberna estaba vacía, salvo por un hombre encorvado sobre la barra y el apático tabernero.

Mi abrigo chorreaba agua, que caía con un golpeteo y formaba una línea negra detrás de mí a medida que atravesaba el salón. Mis rizos estaban encrespados y enmarañados, y mis botas mojadas rechinaban sobre los tablones del suelo. No era exactamente la entrada que había deseado.

El hombre que estaba en la barra se volvió.

Sus ojos oscuros brillaban bajo el ala de un sombrero maltrecho. Me lanzó una mirada amargada y se bebió un vaso de ron de un trago. Llevaba una chaqueta larga y remendada que cubría su ropa, pero alcancé a ver el destello de unos botones de latón incrustados de tierra y grabados con el símbolo de Akhaia, un león de montaña con la cola enroscada.



La delgada línea blanca de una vieja cicatriz le cruzaba la mejilla, bajo el ojo derecho. Alguien le había regalado otra haciendo juego: una herida más reciente, que todavía estaba roja e inflamada, en la mejilla izquierda. Una sola cicatriz le hubiese dado un aspecto gallardo, pero dos lo hacían verse sospechoso. Su barba desgredñada y su cabello descuidado solo afianzaban esa impresión.

Me aproximé a la barra sin decir una palabra.

El hombre de las cicatrices me saludó con un movimiento de su cabeza.

–No creí que te vería por aquí esta noche.

El tabernero descorchó una botella sucia y sirvió ron en un vaso bruscamente. Giré sobre mi taburete y examiné el lugar. Había esperado que una famosa taberna pirata fuese ruidosa, con marineros cantando canciones obscenas desafinadamente mientras los carteristas se movían con rapidez entre la multitud. Pero los clientes de El mirasol negro observaban ensimismados sus tragos, licor oscuro sin rastros de jugo ni dulzor. Tenía la sensación de que, si intentaba entablar una conversación con el viejo marinero que no debía, terminaría con una daga clavada en la mano.

Mi ron sabía horrible, pero afortunadamente era fuerte, un brebaje de contrabandistas.

Me volví hacia mi compañero y arqueé las cejas.

–De todas las tabernas de Brizos, ¿aquí es donde te encuentro? Este es un bar de ancianos.

Me observó desde abajo del sombrero.

–Es la clase de bar adonde la gente va mientras espera la muerte –admitió.

–Por eso, un bar de ancianos.

–¿Ah, sí? –esbozó una sonrisa–. Entonces, ¿qué haces aquí?

Me armé de valor. Había llegado el momento. Para esto había venido.

–Tenemos que hablar –dije, y aparté mi vaso–. No tengo ninguna intención de morir en Brizos. No el día de hoy. Tengo un plan para sacarnos de esta isla.

–La mitad de la armada akhaiana está recorriendo las calles en nuestra búsqueda. Tienen veinte barcos bloqueando el puerto –la luz del farol alquímico brilló en su ojo izquierdo, que estaba morado–. Y no creas que me he olvidado de tu chico Emparqués.

–Sabes que ese tema es complicado –dije, tras una larga pausa.

–Tal vez sea complicado para ti, pero no lo es para mí –se quedó mirando la barra, donde décadas de licor derramado habían dejado la madera picada y con manchas circulares. Vi cómo se movía un músculo en su mandíbula–. No, creo que aquí es donde nos separamos, tú y yo –de repente, me di cuenta de lo cansado que se veía–. Me caes bien, niña, así que te daré un consejo, por esta vez. No estás hecha para esto. Si te metes con lores y Emparqueses, los hombres terminan muertos. Hombres como tú y yo.

–Yo no soy un hombre –repliqué.

Movió perezosamente la mano, como desestimando mi comentario.

–Lo olvidaba, *Lady* Bollard.

Apreté con fuerza mi vaso, y el borde astillado se me clavó en la palma de la mano.

–Solo soy mitad Bollard.

–Lady Andela, entonces –dijo con una sonrisa de satisfacción, haciéndome inspirar bruscamente.

Lo miré a los ojos y supe que lo había dicho a propósito para provocarme.

Tragué saliva.

–No.

–¿Y bien, chiquilla? Sé a qué has venido, pero no tiene sentido que me lo pidas –gruñó–. No voy a volver.



Afuera, el viento cambió de dirección y la lluvia de repente comenzó a golpear la ventana. Las gotas caían ruidosamente sobre el techo, resonando por la taberna silenciosa.

Respiré hondo.

–Lo sé –dije–. Vas a traicionarme.